



83-99

Anécdotas de azafatas

From | De

HISTORIAS INVEROSÍMILES DE AUXILIARES DE VUELO

Name | Nom

Airline use | À usage interne

Remarks | Observations

DAVID WACHTEL HIDALGO

Boarding Pass | Carte d'accès



Anécdotas de azafatas

Anécdotas de azafatas

Historias inverosímiles de auxiliares de vuelo

DAVID WACHTEL HIDALGO

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2008, David Wachtel Hidalgo
© 2008, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.
Tuset, 3 2º — 08006 Barcelona
www.styria.es
Primera edición: julio de 2008

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO
Diseño de cubierta: Santiago Rodés
Maquetación: Mediacircus
ISBN: 978-84-96626-10-2
Depósito Legal: B.26073-2008
Impreso y encuadernado por Industria Gráfica Domingo S. A.
Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

Prólogo.....	11
1. Presión de cabina. Anécdotas de auxiliares de vuelo.....	15
2. La voz de la experiencia.....	147
3. Relatos insólitos e inverosímiles del mundo de la aviación recogidos en prensa e internet	217

A mi familia, que soportando con paciencia y amor incondicional mis años inciertos de exploración me brindaron siempre su apoyo cuando a veces creía no merecerlo.

A Nina, por colaborar con la causa dejando aparcado, por ratos, su apacible carácter antisocial y por llenarme nuevamente de una ilusión que me llevó a despertar de mi prolongado letargo.

A Sandra, por ser mi compañera inseparable durante esta larga etapa de exilio y siempre confiar en mí. Por ser mi cómplice y amiga. Por ser mi roca.

A Elisabeth, quien con la más absoluta generosidad, desinterés y confianza, me entregó la llave de una puerta que hacía tiempo venía buscando y me era esquiva.

A todos aquellos profesionales del sector que me regalaron un poquito de su tiempo y colaboraron con sus testimonios para la composición de este libro.

Y (last but not least) al Universo, por su belleza y por su magia... y finalmente por conspirar a mi favor.

PRÓLOGO

Si bien recaen muchos estereotipos sobre la profesión del auxiliar de vuelo, el objetivo de este libro no es otro más que el de exponer a través de las experiencias de los entrevistados las diferentes realidades que, bajo el denominador común de tener la cabina de un avión como espacio de trabajo, se manifiestan posibles entre diversas personas de todas las culturas, edades y personalidades alrededor del planeta. Sin duda alguna, éste pretende ser un libro de lectura ágil y entretenida por lo cual la cara anecdótica tiene una presencia importante. Sin embargo, las historias personales también reclaman su propio espacio puesto que, a mi modesto entender, constituyen parte intrínseca de la naturaleza de un oficio que si bien en muchos casos permite vidas glamorosas y llenas de aventura, por otro lado también exige grandes dosis de sacrificio, paciencia y fortaleza, tanto mental como física.

Durante sus años profesionales los tripulantes de cabina, como buenos trotamundos que son, afrontan todo tipo de situaciones y circunstancias tanto en la cabina del avión como en las

diferentes ciudades por las que pasan o a las que se ven obligados a mudarse en pos de ese puesto. De sus relatos podremos aprender lo que significa tener que soportar las ocurrencias e impertinencias de toda clase de pasajeros, desde los prepotentes y los revoltosos, hasta los más ingenuos e ignorantes, pasando por los cascarrabias, los impúdicos, los peligrosos, los abusivos, los trastornados y los afligidos. Asimismo, también demuestran su estoicismo al lidiar en espacios tan reducidos con el mal humor o la frustración de sus eventuales compañeros de trabajo, con quienes deben llevar la fiesta en paz en aras de la seguridad del vuelo (y la salud mental). Aún así, los auxiliares de vuelo son personas que suelen hacer gala de mucho sentido del humor y de una ligereza encomiable respecto de las vicisitudes a las que se enfrentan con el simple afán de disipar las tensiones que éstas les pudiesen suscitar.

A diferencia de otras profesiones, ésta no acarrea la rutina ni los horarios fijos de un trabajo común y corriente pero sí consigue afectar las vidas privadas de quienes la desempeñan, pudiendo causar considerables trastornos orgánicos por los horarios irregulares del sueño y la alimentación, así como también por la constante exposición a los cambios de presión atmosférica a los que se someten día a día. Es muy probable también que algunos puedan llegar a desarrollar un fuerte sentimiento de soledad y desarraigo al llevar este estilo de vida gitanesco.

Aunque el ciudadano ordinario considere que las funciones del auxiliar de vuelo se reducen básicamente a ocuparse de la comodidad del pasajero y a brindar el servicio de las comidas

a bordo, muchos quedarán impresionados al descubrir el exigente y exhaustivo entrenamiento al que deben someterse en su preparación para actuar, con rapidez y decisión, ante las más peligrosas contingencias que pudiesen darse en una cabina volando a diez mil metros de altura. Entre ellas se podrían mencionar indeseables eventos como la despresurización de la cabina, incendios a bordo, aterrizajes forzosos, evacuaciones de emergencia, muertes e infartos, ataques de pánico y secuestros armados. Solo cabría añadir que a pesar de las ideas preconcebidas existentes sobre dichos profesionales, tal vez deberíamos encontrar la humildad para reconocer el valor de su oficio y agradecer la dedicación que demuestran para velar por nuestra seguridad cada vez que nos subimos a un avión.

Por último, quisiera confirmar que todas las historias aquí narradas son absolutamente verídicas y que salvo al final del libro fueron recogidas a través de entrevistas personales realizadas durante el proceso de elaboración de este libro. Con el propósito de salvaguardar la privacidad de los protagonistas de dichas historias y evitarles problemas de cualquier clase he optado por escudar sus identidades mediante el uso de seudónimos.

1
PRESIÓN DE CABINA.
ANÉCDOTAS DE AUXILIARES
DE VUELO

Ivana, 31 años

Nunca soñó con trabajar en esta profesión pero fue su madre quien la animó a presentarse a un curso de formación de auxiliares de vuelo. Seis meses después abandonaba su hogar para mudarse a la floreciente y lujosa ciudad de Dubai, y desde entonces, hace ya más de ocho años, no ha dejado de volar por el mundo entero. En sus ratos libres goza bailando al compás de melancólicos tangos, y está aprendiendo a hablar el español porque tiene la intención de trasladar su residencia a España dentro de poco tiempo.

Podría decirse que, a partir del momento en que descubrí ciertas facetas de mi personalidad que desde niña me habían

sido imperceptibles, siempre he considerado que mi peor defecto es el egoísmo, lo cual convertiría mi profesión en una curiosa y absoluta ironía, ya que durante los últimos siete años de mi vida me he dedicado básicamente a servir a otros. Y debería subrayar con énfasis que no ha sido una cantidad nada desdeñable: varias decenas de miles de pasajeros en cientos de vuelos internacionales. Pero aunque la mayoría de la gente común sospeche que la finalidad de la tripulación de un avión es la de servir comidas y bebidas, en realidad estarían incurriendo en un error de juicio causado por una evaluación superficial y hecha a la ligera. Y es que habría que recalcar, entonces, que la misión primordial de los tripulantes de cabina, objetivo para el cual estamos altamente entrenados y preparados, es la de mantener el orden y el control en caso de cualquier eventualidad que ponga en situación de riesgo al vuelo, la nave y/o a los pasajeros. Aún así, debo reconocer que dado el elevadísimo nivel de seguridad que tienen los vuelos hoy en día, debido a las rigurosas inspecciones técnicas y exámenes de control a los cuales se someten las aeronaves y el personal, finalmente nuestras competencias suelen terminar encajando en la categoría del servicio y el confort, cuales (relativamente involuntarios) camareros de los restaurantes del cielo.

Debo admitir que al empezar a trabajar como auxiliar de vuelo me vi en la obligación de transformar mi carácter por completo. Para dedicarse a esta profesión uno tiene que mostrar una gran vocación de servicio y mucha afabilidad para lidiar con los pasajeros, quienes son la razón de ser de nuestra existencia a bordo de un avión. Pero cuando comencé a volar con mi primera aerolínea, yo tenía una forma de ser muy

distinta a la que debería poseer el prototipo ideal de azafata. Creo que las raíces de este problema se pueden encontrar en mi infancia.

Nací en el seno de una familia que estaba a punto de quebrarse. En 1979, cuando cumplí los tres años, mi padre abandonó nuestra casa y nunca más volví a verle ni a saber de él hasta después del inicio del nuevo milenio.

Mi madre, ya divorciada con veinticinco años, nos crió a mi hermana menor y a mí en casa de nuestra abuela. Desde que tengo memoria fuimos tratadas como reinas. Ella y mi abuela se aseguraron de facilitarnos en todo momento cualquier cosa que nos hiciera falta. Nunca tuve que hacer nada por mí misma y por eso empecé a dar este tipo de trato por sentado. Supuse que así era como debían ser las cosas dado que mi realidad siempre había sido esa. Estoy convencida de que fue esta crianza la que dio cabida al surgimiento arraigado del egoísmo en mi personalidad. Algo contra lo cual he tenido que luchar intensamente si es que tenía la pretensión de mantenerme en esta profesión y de llevarla con más facilidad. Me era completamente inimaginable que otras personas pudieran tener necesidades tan importantes como las mías, o más incluso. Pero si bien con el paso de los años, poco a poco empecé a descubrir y a identificar mis defectos como tales, no fue hasta la muerte prematura de mi madre, tres años atrás, en que muchas verdades me golpearon súbitamente y no tuve mayor opción que la de asumir un cúmulo de lecciones vitales de un modo profundo e intensivo. Cuando la vida te enfrenta a una situación tan relevante, como lo fue en mi

caso esa trágica muerte, creo que es imposible que dicha experiencia no te cambie de algún modo, haciéndote reflexionar sobre cosas que nunca pasaron por tu cabeza y arrojando luz nueva sobre todo lo que existe a tu alrededor y en tu interior, permitiéndote ver las cosas con ojos distintos.

Fue así que, ya desempeñándome como auxiliar de vuelo, decidí mejorar mi calidad humana y profesional. Empecé a anteponer las necesidades de otros por encima de las mías convirtiéndome a veces en una persona excesivamente complaciente, para lo cual, hoy en día, voy procurando encontrar un equilibrio más armónico sin llegar a desbordarme en ninguno de los dos extremos. También, viviendo sola y lejos de casa, aprendí a animarme y a sacarme a mí misma de mis estados tristes y melancólicos. Aprendí a no dejarme derrotar por las adversidades cotidianas y conseguí ser una persona más serena y ecuánime, algo muy valioso trabajando en este oficio. Aprendí a no darle demasiada atención a todo aquello no lo merece, y también a resolver mis problemas en lugar de permitir que me abrumen poniéndome nerviosa o de mal humor, lo cual me sirvió muchísimo para lidiar con los pasajeros más complicados y con los avatares de la vida en cabina. Descubrí mi lado femenino. Dejé de esconderme. En general decidí convertirme en una mejor persona y, de algún modo, creo que en retribución empecé a ser más feliz, a desempeñarme mejor en el trabajo, y consecuentemente a sentirme más plena y satisfecha con todo a mí alrededor.

A principios del 2001, dejé mi vida en la ciudad donde vivía con veinticuatro años y me trasladé a los Emiratos Ára-

bes Unidos para empezar una nueva aventura trabajando en una línea aérea de ese pequeño país situado en la costa oriental de la península arábiga. Gracias a esta profesión he llegado a recorrer casi la totalidad del mundo. He conocido cuatro continentes y decenas de ciudades alrededor del globo, como Shangai, Bangkok, Hong Kong, Singapur, Sydney, Londres, París, Milán, Frankfurt, Khartoum, Entebbe, Dar es Salaam, Nairobi, Johannesburgo, Estambul, El Cairo, Doha, Riyadh, Casablanca, Beirut, Damasco, Teherán, Bombay, Nueva Delhi, Karachi, entre muchas otras. Un sueño que jamás había imaginado siquiera y que probablemente nunca hubiera conseguido de haberme quedado en mi país.

El caso es que a pesar de que muchos creen que durante su carrera como azafata de vuelo una debe haber llegado a experimentar las más aterradoras, aberrantes y excitantes aventuras que puedan concebirse viajando a miles de metros de altura, tendré que decepcionar a varios confirmando que la mayoría de esas circunstancias no las suele ver casi nadie en todos sus años profesionales, y que son acontecimientos que pertenecen más al ámbito cinematográfico que al de la vida real, aunque no se pueda negar que muchos de esos relatos que vemos en las películas de acción realmente hayan sucedido en la historia de la aviación. En mi caso, yo no podré narrar aquí las tribulaciones de un aterrizaje forzoso por fallos mecánicas, o la histeria vivida durante un tenso y largo secuestro a manos de terroristas, ni la salvación milagrosa ante una precipitada caída en alta mar por inclemencias de la naturaleza. Quizá lo más insólito y anormal que me ha sucedido en los años que he pasado trabajando en el aire hayan sido dos situaciones

que me enfrentaron a la muerte. No la mía propia, ni la de los ocupantes del avión entero, pero si la de un par de individuos que estaban a bordo de dos vuelos que tuve bajo mi turno. Una muerte repentina, y un intento de suicidio.

Recuerdo que llevaba pocos meses trabajando en la aerolínea cuando sucedió la primera historia. Yo estaba a cargo de la atención en la primera clase por lo cual solamente fui testigo no partícipe del fúnebre acontecimiento, ya que el protagonista era un pasajero de la clase turista. No habría tenido más de cincuenta años. Según el relato de la persona que viajaba a su lado, el hombre no mostró ningún síntoma que anunciara alguna anomalía ni mucho menos su muerte. Comió su cena sin contratiempos, se levantó para ir al baño, volvió a su asiento, y una vez acomodado se estiró en un bostezo, y con las mismas se desplomó, dejando caer repentinamente los brazos y la cabeza, del mismo modo en que caería un títere si los hilos que le sostienen se destemplaran de un instante a otro. En un principio, su vecino de asiento se sorprendió, pero lo primero que se le pasó por la cabeza fue pensar que se había dormido de pronto. Supongo que en ese momento le habría parecido más probable que el hombre fuese un narcoléptico a que se hubiese muerto de golpe. Cuando cayó en cuenta de la realidad de la situación informó discretamente a una de las azafatas que pasó por su lado, y ésta se encargó de pedir asistencia a otros dos colegas suyos para trasladar el cuerpo hacia la zona posterior del avión, donde intentaron aplicarle la técnica de resucitación cardio-pulmonar, al igual que la de reanimación por electroshock través de un desfibrilador, pero sin lograr ningún tipo de resultado positivo. La suerte

ya se había echado, no hubo nada que hacer. Luego de los infructuosos esfuerzos de mis compañeros por devolverle a la vida, no quedó más remedio que apoyarle sentado sobre una de las puertas de los contenedores de comida y cubrirle con unas cuantas mantas. Aún recuerdo verle los dedos del pie descubiertos, ya casi perdiendo su color rosado por la falta de irrigación sanguínea y virando hacia un tono azulado. Ninguno de los pasajeros se enteró de lo sucedido, el vuelo no estaba lleno, la mayoría de las luces iban apagadas y mucha gente ya dormía. Yo tuve que sobreponerme inmediatamente al impacto de lo presenciado, y volver a mi puesto en la parte frontal del avión.

Pero esta experiencia, aunque triste y sorpresiva, no tiene punto de comparación en intensidad y crudeza con el segundo encuentro que tuve con la muerte trabajando en un avión. Todo sucedió tan rápido y fue tan caótico que no tuve tiempo de llegar a ver la escena hasta el momento en que me acerqué, nuevamente desde mi puesto de trabajo, a la zona posterior del avión, donde me sobresaltó la visión de un cuerpo ensangrentado desparramado sobre el suelo y siendo atendido por tres de mis colegas de la clase turista. Una de ellas pudo relatarme después, nerviosa y aturdida aún, cómo le pareció sospechosa la excesiva demora del pasajero dentro del lavabo. Al acercarse a la puerta pudo ver el interior a través de una mirilla especial que se encuentra justo debajo del seguro de la puerta, y quedó petrificada por la cantidad de sangre que vio regada sobre el espejo partido, y por la ausencia física del pasajero en su campo visual, bastante limitado por la angostura de la mirilla.